

SANTA CATALINA DE S. (1347-1380)

2º

En la mañana del 25 de marzo del año 1347, Siena resplandecía bajo el sol primaveral. Era la hora en que se dirigían habitualmente hacia la plaza del Campo para tratar sus asuntos de negocios, y las mujeres, hechas ya sus tareas domésticas, se reunían para la plegaria en la Casa del Señor. Jacobo Benincasa se encontraba trabajando en su negocio de tintorería cuando se oyó llamar por su hija mayor, Buenaventura.

-¡Ven, padre, ven! Nuestra madre le ha dado otra hijita."

El buen hombre acudió rápidamente a la cama de su esposa y allí, mientras los hijos la rodeaban y el pálido rostro de la madre se iluminaba con una sonrisa, levantó a la recién nacida a la altura de su cabeza, ofreciéndosela a Dios e implorando para ella su bendición. Esta niña se llamó Catalina, y con ella sumaron 23 los hijos de esta familia del pueblo.

Sus primeros años transcurrieron bajo la mirada vigilante de la madre y de una hermana. Era vivaz y serena, llena de gracia y sonrisas. Sus hermanos comenzaron a llamarla con un afectuoso sobrenombre, "Eufrosina", que significa "plena de alegría".

Creció como las otras niñas, y a los siete años de edad, conmovida quizás por los episodios sobre la vida de los santos que el sacerdote y alguna mujer piadosa le habían narrado, hubo un cambio en su alma. Aparentemente era la misma de siempre, pero en su pequeño corazón se había encendido un fuerte amor hacia Dios, y a pesar de su tierna edad pidió un día a la Divina Madre que le concediese ser la esposa de su Hijo Jesús.

La pequeña creyó ver a la Virgen que, apareciéndose en todo su esplendor, le prometía con un gesto maternal acceder algún día a ese deseo espontáneo y purísimo. Desde aquel momento, para ser digna de su Esposo prometido, llevó una vida ejemplar y, olvidando sus juegos, hizo de cada instante un acto de nobleza. De día, cuando su madre creía que estaba jugando, Catalina se castigaba a sí misma con toda clase de tormentos corporales, flagelándose y golpeándose para probar en carne propia algunos de los dolores que Jesús había sufrido durante su martirio.

Los alimentos que la familia comía siempre con buen apetito no la atraían, y prefería ayunar. De noche, cuando la casa se encontraba sumida en el silencio, pasaba largas horas rezando en su dormitorio. Cuando el sueño cerraba sus párpados, no dormía en su pequeño lecho sino sobre la tierra desnuda, para no concederse placer alguno.

Tantos ayunos y mortificaciones habrían desmejorado a otra niña, pero Catalina, como si la Divina Madre hubiera extendido sobre ella su mano protectora, crecía bella y serena. Su cuerpo, delgado por sus abstinencias, había conservado toda la gracia, sus ojos resplandecían con una belleza toda espiritual, y su espesa cabellera enmarcaba el óvalo claro de su rostro.

A los trece años Catalina era hermosa, y sus padres, como era acostumbre en aquellos tiempos, comenzaron a pensar en casarla —y así comenzó para la niña un largo período de tristezas—. Sus padres, ignorantes del ardiente amor que ella sentía hacia Dios, le exhortaban con consejos y órdenes cada día más exigentes a que eligiera a algún joven serio del condado. Pero Catalina, a pesar de que nunca había desobedecido, rehusaba siempre, y llorando pedía que desistieran de tal propósito. Los padres, disgustados por tanta obstinación quisieron castigarla, pensando que sólo se trataba de un capricho, y la obligaron a realizar duros trabajos. Sin embargo, estos sufrimientos ayudaron a Catalina y acrecentaron en ella la voluntad de pertenecer a Dios con más vigor que antes.

En aquellos años había surgido en Siena la Tercera Orden de santo Domingo, una institución eclesiástica que recibía a mujeres piadosas, las cuales se sometían a un severo reglamento y, aun viviendo con su familia, tenían la obligación de dedicarse a obras de caridad, en especial, a la atención de los enfermos.

Catalina manifestó un día su firme propósito de entrar en esa congregación. La oposición de los padres fue violenta, y la niña sufrió tanto que enfermó gravemente, con serio peligro de su vida. Eso fue una lección para el buen Jacobo quien no habló más de matrimonio, comprendiendo al fin la profunda vocación de su hija, e intercedió ante la dirección de la Orden para que la niña, no obstante su tierna edad, pudiese ser *"hermana con hábito"*.

Fue así que a sus dieciséis años Catalina vistió el severo hábito blanco cubierto por el largo manto negro, aceptando todos los sacrificios y penitencias que la regla de la Orden le imponía. Aunque permaneció en su casa durante los tres años de noviciado, su vida fue reglamentada tan rígidamente como si se hallara en el convento, y las horas del día y de la noche estuvieron todas llenas de obras de caridad y de devoción.

Dormía muy poco cada día, y el resto de la noche lo pasaba rezando arrodillada en el suelo ante un gran crucifijo. A los pies de esa imagen de Cristo agonizante tuvo a menudo visiones y éxtasis dulcísimos, y fue en una de esas noches, contando en aquella época con 24 años, cuando se cumplió la promesa de la Virgen. En efecto, Catalina creyó ver que Jesús se le aparecía y colocaba en su dedo el anillo nupcial, como testimonio de haberla elegido por esposa.

Muy pronto el nombre de la devota niña estuvo en los labios de todos, y el eco de su bondad se esparció por la región toscana. Almas piadosas comenzaron a reunirse a su alrededor, formando el *'cenáculo "catalinario"* en el que la joven, llamada por sus adeptos con el dulce nombre de *"mamá"*, se volvió la guía constante y serena de *"hijas e hijos"* que tenían muchos más años que ella.

Las conversaciones realizadas por su elocuencia y su ejemplo son innumerables.

Siendo hija de artesanos modestos, Catalina no había aprendido en su infancia a leer ni a escribir. Al extenderse el número de sus amigos espirituales en toda la Toscana, en Roma, en Milán, y hasta en Aviñón, la imposibilidad de comunicarles sus pensamientos era para ella motivo de

aflicción. Con la fuerza de su alma y la inteligencia que siempre había demostrado, retomó y terminó el aprendizaje de la lectura y escritura, que había iniciado a los diecinueve años. Después de breve tiempo, se encontró en situación de escribir a todos aquellos que le pedían consejos.

A veces, abrumada por los mensajes que le llegaban de todas partes, recurría a los servicios de otras personas logrando dictar sin confundirse cuatro cartas al mismo tiempo, cartas bellas, que aún hoy leemos con emoción, no sólo por el mensaje de fe y de prudencia iluminada que contienen, sino también por el estilo límpido y conciso, que hace de este epistolario uno de los documentos más preciosos de la literatura universal. Cada carta la iniciaba con el nombre de Jesús

-“Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo a ti en la preciosa sangre Suya,”

y termina invocando Su nombre:

-“Jesús dulce, Jesús amor,”

como si la joven se sintiera el humilde instrumento de las intenciones de Dios.

Con la fuerza que de Él recibía, Catalina no se avergonzaba de manifestar su pensamiento en materia política, moral y religiosa, a los soberanos altivos y a los cardenales doctos de su tiempo.

Entre muchas atrás, dirigió una carta a Bernabé Visconti, duque de Milán, exhortándolo a no ser tan cruel con los sacerdotes, a honrar al pontífice y a participar en la cruzada a Tierra Santa.

También escribió a los gobernantes de Siena, de Florencia, de Bolonia, a la reina de Nápoles, y al delegado pontífice de Roma.

A todos estos altos personajes daba Catalina consejos y exhortaciones de obediencia a las leyes santas de Dios, diciendo verdades y denunciando culpas que nadie hubiese siquiera osado insinuar.

En 1374, reunidas las autoridades que regían la Orden de las terciarias en una junta de religiosos, en Florencia, le fue concedida a la joven monja una mayor libertad, confiándola a la sola dirección espiritual del dominico —poco después beatificado— Raimundo de Viñas.

Catalina se entregó con toda abnegación a velar por sus semejantes, olvidándose más que nunca de sí misma para consagrarse a aliviar el dolor de los demás. Precisamente en ese año, Dios la había sometido a duras pruebas, pues la epidemia de peste que llegó de manera imprevista a su ciudad natal se llevó en el término de pocos días a diez miembros de su familia.

El año siguiente fue para Catalina una sucesión de viajes y frecuentes conversaciones con los condotieros, con el fin de inducirlos a prestar ayuda a la cruzada que en aquella época había solicitado el Papa Gregorio XI, y fue mérito suyo que el condotiero Juan Acuto aceptara participar en la empresa. Para recompensarle en parte por todo lo que ella estaba haciendo por la liberación

del Santo Sepulcro, el Señor quiso, en ese año, mientras Catalina se encontraba en Pisa, imprimir en su cuerpo el fuego de sus marcas, confirmando con estas heridas que ella era la más dilecta de sus hijas.

Catalina debió asumir en el año 1376 una misión aún más importante para la prosperidad de Italia y de la Iglesia. Después de abandonar su sede tradicional en Roma, el Papa había preferido establecerse en la ciudad de Aviñón en Francia, a la que había llegado con todo su comitiva.

Italia, quebrantada ya por las luchas de bandos políticos, se encontraba desde ese día como una nave sin timón. Ausente el Papa, el clero italiano, dirigido por representantes franceses poco informados de las costumbres locales, no siempre cumplía los deberes propios de su ministerio, e se iba olvidando de la salvación de las almas, permitiendo el debilitamiento de los principios morales y religiosos del pueblo.

Catalina comprendió que la única solución para tanto mal era el regreso del Pontífice a su sede romana. Sin dudarle, escribió al santo Padre reclamando su presencia en Italia. Hubo un intercambio de cartas entre Gregorio XI y Catalina de Siena, en las que respondía a las vacilaciones del Papa en abandonar tierra francesa diciendo:

“Hágase la voluntad de Dios y la mía,” tan grande era su certeza de hablar en nombre del Señor.

Finalmente, tuvo que hacer el viaje hasta Aviñón, enviada por la ciudad de Florencia —que había tenido con el Papa graves controversias—; el 18 de junio de 1376, Catalina, entonces de 29 años, se encontró ante la presencia del Papa y le suplicó con palabras tan firmes que en septiembre del mismo año Gregorio XI emprendió el viaje de regreso a Roma, a pesar de la oposición del rey de Francia y de los cardenales franceses. Al llegar a tierra italiana, el Pontífice fue desterrado de aquella ciudad, pues los políticos que entonces gobernaban no veían con buenos ojos el retorno a su antigua sede. Pero Catalina, aunque no lo había acompañado en su viaje, prefiriendo volver sola, con la modesta compañía de algunos frailes y de sus *“hijos”* más fieles, supo darle valor desde lejos, y únicamente se concedió un breve período de reposo, en los alrededores de Siena, cuando finalmente en 1378, logró Gregorio XI vencer todas las dificultades.

El suyo fue un breve reposo, porque el Papa, poniendo en Catalina su máxima confianza, quiso que fuese por algún tiempo a Florencia, donde el pueblo, hostil al Pontífice, se negaba a prestar obediencia y respeto a sus representantes. Catalina conoció en aquel momento el odio y la ferocidad de un pueblo, cuando la fuerza de las pasiones impide discernir el bien y el mal —fue injuriada, tratada de bruja, poseída del demonio e intrigante—.

Tales insultos no hicieron huella en ella que, con mucho coraje y serenidad, y por su conducta ejemplar y la elocuencia que el espíritu divino le inspiraba, logró dominar los ánimos más exacerbados, obteniendo de ellos acatamiento a la autoridad papal.

Gregorio XI murió en ese año y en julio de 1378 fue electo Urbano VI, arzobispo de Bari.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

Sobrevino entonces en la Iglesia una crisis profunda, porque algunos cardenales no reconocieron a Urbano VI como el verdadero Pontífice, y eligieron al cardenal Roberto de Ginebra, que se proclamó Clemente VII, un antipapa.

Este hecho que fue llamado “*cisma*” —separación— tuvo para el mundo católico consecuencias gravísimas, porque sembró entre los jefes el odio y el desorden.

Catalina no dudó un instante sobre el camino a seguir —corrió a Roma junto a Urbano VI, para otorgarle consuelo—. En sus palabras y en su coraje halló el Pontífice verdadero la fuerza para hacer frente a sus adversarios.

Las milicias del Papa mandadas por Alberico de Barbiano vencieron finalmente en Marino a los partidarios del antipapa. Desde ese momento se restableció la paz, y Catalina sintió que había conducido a buen término su misión en la Tierra.

Vivió todavía 2 años más, en un gran edificio cercano a santa María Sopra Minerva, en Roma, dedicada a la oración y a las obras piadosas. Su casa se abrió para todos los que llegaban de Siena a Roma y necesitaban hospitalidad.

A todos aceptaba y escuchaba, tan humildemente como en la época de su adolescencia, y sin vanagloriarse jamás de cuanto había hecho en bien de la Iglesia.

Su cuerpo debilitado por las penas físicas y morales que había padecido en tantos años, no podía ya sobrellevar nuevas fatigas, y el 29 de abril de 1380, a la edad de 33 años, la misma de su Divino Esposo al ser crucificado, Catalina de Siena murió rodeada de una multitud de fieles que la llamaban con el dulce nombre de “*mama*”

Fue canonizada en 1461 por Pio II y Urbano VIII fijó como fecha para su celebración el 29 de abril.

Aportación de Yanine Rguez.